

SOBRE LOS PEQUEÑOS GRUPOS

Marcel Légaut

(...) Estas fraternidades son menos excepcionales de lo que podría pensarse. Son algo tan poco premeditado que a menudo nacen y empiezan a desarrollarse sin que lo sepan ni los mismos que las originan. Precisamente entonces es cuando hacen el trabajo más profundo y original... Estas comunidades, sin nombre verdadero incluso cuando tienen la debilidad de ponerse uno, y sin tener casa propia ni locales aunque hayan llegado a disponer de algún tipo de instalación material, no gustan de la publicidad, que está en clara discordancia con su espíritu. *Nadie habla de ellas. Las estadísticas las ignoran.*

De ordinario, cuando empiezan a conocerse, es que ya están entrando en su declive. Justo entonces es cuando, frecuentemente, se las reconoce en los medios próximos a la autoridad, y a veces hasta se las erige canónicamente... Son comunidades que puede desearse que se den pero nunca instituir. *Ninguna autoridad es capaz de suscitarlas.* Cuando la jerarquía, para controlarlas mejor, las coordina, no hace sino acelerar su envejecimiento.

Cuando estas fraternidades se organizan para tener estructuras duraderas, en el fondo preparan su decadencia, que, en estos casos, ya suele estar en fase avanzada. *La filiación y la paternidad espirituales son lo único capaz de ayudar y de proteger el delicado desarrollo de estos grupos aparentemente muy precarios pero, en verdad, sólidos por la solidez espiritual de sus miembros.*

Estas verdaderas comunidades están tan unidas al ser de sus miembros que conocen y padecen sus mismos progresos y retrocesos. A medida que con la edad éstos se transforman y no tienen ya las mis-

mas necesidades, los mismos medios, las mismas aspiraciones, también ellas cambian de carácter. De este modo, estas comunidades acompañan a sus miembros a lo largo de la vida de una forma siempre adaptada a ellos y espiritualmente eficaz.

Estas comunidades empalman plenamente con la generación que las ve nacer, cualesquiera que sean las nuevas necesidades y aspiraciones que se manifiesten en ellas. Su plasticidad es algo característico suyo, sin parangón con la de cualquier otro grupo puesto en marcha, de forma sistemática, por una autoridad –por inteligente que sea– siguiendo un plan de conjunto, concebido a priori según las mejores técnicas.

La suya es, sin embargo, una posibilidad local y efímera porque, por su propio ser, estas comunidades no están suficientemente abiertas a lo que surge entre los hombres de otros tiempos y lugares. Sólo de forma imperfecta pueden adaptarse, por más que se esfuercen; lo cual siempre implica traicionar un poco su propia genialidad y, a través de esta falta de autenticidad, traicionar el espíritu que es su fundamento. Además de su limitación local, la mayor parte de estas comunidades son también de vida efímera, y tanto más cuanto más rápida es la evolución de las generaciones que se suceden.

Deben aceptar esta condición efímera lo mismo que lo que tienen de contingente. Es mejor morir de su verdadera muerte que apoyarse en la solidez de algún tipo de implantación y pretender durar y perpetuarse de modo artificial. Con toda humildad desaparecen junto con sus miembros, y dejan a los nuevos grupos el cuidado de continuar su tradición al reencontrarla por ellos mismos. Sólo así continuarán siendo beneficiosas hasta el final, y no estorbarán indirectamente, por la supervivencia esclerotizada de lo que fueron antaño, el nacimiento de futuras fraternidades. Es necesario que las hojas caigan en otoño para que aparezcan los brotes en la primavera.

La vitalidad del cristianismo se mide tanto por los múltiples grupos de este tipo que surgen, diversos en extremo, cuanto por la discreción y

la rapidez de su desaparición cuando conviene. La Iglesia sólo puede vivir verdaderamente a la altura de su misión renaciendo sin cesar a partir de las comunidades que la engendran después de que ellas mismas han nacido de ella; comunidades que después se eclipsan y desaparecen tras haberla servido.

Esta maravillosa inseguridad, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, se asemeja a aquella otra inseguridad, propia de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento. Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes es la ineluctable consecuencia de la esencia de la Iglesia. Es necesaria para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen.

Estas fraternidades son, sin embargo, raras e infrecuentes porque los seres –ya de por sí escasos– que podrían ser su *primera piedra* tienen, además, un camino difícil de seguir, en el que muchos de ellos tropiezan y fracasan. Es preciso que sean fuertes y sobre todo tenaces a pesar de sus debilidades, y que se mantengan firmes frente a una sociedad que unas veces los combate y otras los tienta y seduce. Es muy frecuente que los absorban o que los conviertan en satélites suyos las organizaciones religiosas existentes –con frecuencia más solidamente estructuradas que verdaderamente espirituales– que son *grandes devoradoras de hombres*, sobre todo de los mejores. Con demasiada frecuencia confunden, estos seres, como llamada al estado sacerdotal o monástico, la atracción e irradiación espiritual de las personas religiosas que lo son de forma original y vigorosa. La entrada en estos estados les atrae con frecuencia; estados que les impiden ser pioneros de los nuevos tiempos, que es lo que precisamente ellos podrían llegar a ser en la Iglesia. De este modo, el pueblo cristiano se ve privado de un gran número de sus miembros más vigorosamente espirituales, que serían tan necesarios para que nacieran estas comunidades en su seno.

[Fragmento de “Haced esto en mi memoria”: *Cuaderno de la diáspora* 20, AML, Madrid, 2008, págs. 57-60; *Crear en la Iglesia del porvenir*, Sal Terrae, Santander, 1988, págs. 148-150]